

La información contra la cultura

Comunicación de Gustave Thibon
al Congreso de Lausanne de 1965

LA INFORMACION CONTRA LA CULTURA

La información (palabra muy reciente en el sentido que hoy se le da) abarca las reseñas y las noticias que nos son suministradas por la prensa, la radio, la televisión, etc. Se la puede definir como una instrucción limitada a los acontecimientos actuales.

¿Cuáles son las relaciones entre esta clase de instrucción y la cultura?

Antes de entrar en lo vivo del asunto, nos parece necesario analizar las diferencias que separan la instrucción en general (y tal como se da hoy en día) de la verdadera cultura.

¿En qué se distinguen esos dos aspectos del saber?

El diccionario, en este caso, no nos ayuda mucho, ya que las dos definiciones son casi idénticas; cultura e instrucción significan, una y otra, adquisición de conocimientos.

Es cierto que, tanto en la instrucción como en la cultura, hay adquisición de conocimientos. Pero estos conocimientos no se sitúan al mismo nivel del espíritu. Se puede ser muy cultivado sin ser muy instruido, se puede ser muy instruido sin ser cultivado. Con más precisión, toda cultura implica un mínimo de instrucción, pero la recíproca no es verdadera: se puede tener mucha instrucción y no tener ninguna cultura. Se puede ser sabio de una manera puramente mecánica y por efecto de un adoctrinamiento puramente externo. Se habla corrientemente de un perro sabio; pero nadie osa hablar de "un perro cultivado".

La instrucción, con relación a la cultura, es completamente extrínseca y no es más que una acumulación de conocimientos; no implica necesariamente la participación intrínseca. Añadamos que, en la instrucción, el papel esencial lo tiene la memoria, facultad en gran parte material.

Si no se trata más que de memoria, un aparato registrador cualquiera, un magnetófono, un disco de fonógrafo poseen esta facultad en su punto más álgido. Está claro que en este plano un cerebro electrónico tiene mucha más memoria que un hombre —y por consiguiente, más instrucción— puesto que llega a re-

LA INFORMACION CONTRA LA CULTURA

resolver problemas que exigirían la colaboración de millares de cerebros humanos.

La cultura es otra cosa. Implica, no solamente el conocimiento del objeto, sino la participación vital del sujeto. Recordemos que la etimología de la palabra *colere*, cultivar, evoca la agricultura: Una tierra que se cultiva colabora a la germinación y crecimiento de los granos. Hay participación de la tierra en la transformación de los granos de las plantas.

La instrucción, como tal, es tan extraña a la vida profunda del hombre que empleamos la mayor parte de la veces términos materiales para designarla. Hablamos, por ejemplo, del "bagaje intelectual" que queremos dar a nuestros hijos, lo que indica muy bien el carácter extrínseco de la instrucción. En ese mismo sentido hablamos de "meter en la cabeza". Muchos establecimientos escolares no tienen, por otra parte, otro sistema pedagógico y en ellos la formación humana de los alumnos resulta sacrificada al "pienso" cerebral.

Aparece así una primera diferencia: la instrucción es extrínseca, la cultura es intrínseca. En otras palabras, diremos que la instrucción es impersonal y la cultura personal; es decir, integrada en la propia vida del individuo.

Hay quizá la misma diferencia entre el hombre instruido y el hombre cultivado que entre el geógrafo y el explorador. El geógrafo conoce maravillosamente el mapa y todos los sitios que están marcados en él: ciudades, montañas, ríos, océanos, etc. El mapa no es más que el calco abstracto e impersonal de los paisajes terrestres. El explorador ha ido a los sitios; quizá tiene conocimientos menos extensos que los del geógrafo, pues no le ha sido posible visitar todos los territorios indicados en el mapa, pero de todos los sitios que ha recorrido guarda un conocimiento sabroso, particular y directo, que ha nacido y morirá con él.

La instrucción, como tal, no tiene diferencias de nivel (o se sabe o no se sabe), mientras que la cultura es susceptible de una profundización indefinida. Por ejemplo: saber de memoria un verso de Racine es del campo de la instrucción, mientras que meditar sobre ese verso y encontrar en él cada vez nuevas resonancias interiores corresponde a la cultura. El hombre cultivado es el que establece entre los datos de la instrucción relaciones personales e inéditas. Esto es lo que hizo decir a Paul Valéry que prefería ser leído siete veces por un solo hombre que una vez por siete hombres.

La cultura, pues, se profundiza, mientras que la instrucción no puede más que extenderse —y, por eso, podemos hablar de una

LA INFORMACION CONTRA LA CULTURA

cultura profunda y no de una instrucción profunda, sino más bien una instrucción extensa. La instrucción se refiere a la superficie del saber y la cultura a su espesor.

Un profesor de filosofía me decía un día estas palabras que iluminan la diferencia que acabamos de establecer: "los temas que exponemos en clase de filosofía eran para sus autores realidades vividas; para nosotros, profesores, no son ya más que ideas, y para nuestros alumnos no son más que palabras".

Añadiremos que la instrucción se refiere al número, a la cantidad de conocimientos. Sucede a menudo que el "equipaje" de un hombre instruido es a la vez demasiado pesado y demasiado ligero: pesado de memoria y ligero de reflexión, lleno de palabras y vacío de las realidades designadas por las palabras. La cultura es el antídoto contra esa enfermedad de la instrucción que se llama la verborrea.

* * *

Es preciso disipar en este punto la confusión que se mantiene alrededor de la palabra "primario".

Ser primario no es solamente haber hecho estudios primarios, es más bien —cualquiera que sea el grado de instrucción— confundir la realidad de las cosas con las fórmulas por las que las designamos. Es, por ejemplo, el caso de quienes habiendo alcanzado un cierto grado de ciencia, se imaginan haber agotado la realidad una vez la han medido e inventariado en sus aspectos cuantitativos, y para quienes aquello que llamamos misterio no es más que una ignorancia provisional.

Víctor Hugo ha definido las pretensiones de ese cientifismo en una fórmula admirable: "el precio exacto por la verdad". Así, pues, lo exacto no es más que el aspecto más superficial de la verdad. Desgraciadamente el lenguaje moderno que traduce los progresos inconscientes del cientifismo en nuestro pensamiento tiende, cada vez más, a confundir esos dos términos. Corrientemente decimos: "es exacto", cuando queremos decir: "es verdad". Pero si ustedes quieren sondear el abismo que separa lo exacto de lo verdadero, traten de trasponer este lenguaje en ciertos campos del pensamiento o del sentimiento; imaginen un creyente diciendo: Dios es la exactitud, en vez de: Dios es la Verdad; o a una joven respondiendo a un muchacho que le declara su amor: ¿es exacto que me amas?

* * *

En último análisis la cultura se caracteriza por la profundización de la ignorancia. El hombre cultivado no es el hombre que resuelve —o que cree resolver— los problemas, es el que, escarbandó en esos problemas, ve cómo se extienden hasta el infinito el misterio que cubren.

Para el espíritu primario no hay misterio, sino solamente problemas, y el margen de lo desconocido que aún subsiste en la naturaleza será borrado poco a poco a medida que la ciencia progresa. Pero, para el hombre cultivado, no hay solamente lo desconocido, sino lo desconocible; y, cuanto más avanza en el conocimiento de las cosas, ve espesarse el misterio, de manera que cada vez sabe más que no sabe nada, pues la realidad suprema no es accesible a la inteligencia discursiva.

Los cerebros electrónicos resuelven todas las preguntas, pero son incapaces de poner ninguna. Lo propio de la inteligencia y la cultura es saber preguntar, más allá de todas las soluciones humanas, el misterio de la naturaleza y el destino.

La debilidad de la instrucción de los libros radica en que ofrecen a los hombres soluciones dadas antes de que estén en situación de ponerse personalmente problemas.

Ustedes conocen el origen de la vocación de Sócrates. El oráculo divino había proclamado que Sócrates era el más sabio de los hombres. El se extrañó, pues era consciente de su ignorancia. Pero persuadido de que el oráculo no podía mentir se dedicó a interrogar a todos aquellos de quienes se alababa su ciencia, y se dio cuenta de que aquellos hombres, que creían saber muchas cosas, no sabían nada en realidad. De ello dedujo que el oráculo había dicho la verdad, puesto que él, Sócrates, por lo menos sabía que no sabía nada. Esta toma de conciencia de la ignorancia es esencial a la cultura.

La cultura aparece así como una creación continua, mientras que la instrucción no es más que un inventario superficial. Y, para subrayar esta diferencia, volveremos a tomar la distinción, en adelante clásica, de Gabriel Marcel, entre el problema y el misterio. La instrucción consiste en resolver problemas que se crean fuera; la cultura en participar interiormente en un misterio. Añadiremos que la instrucción se refiere al tener mientras la cultura se une al *ser*.

He aplicado a la instrucción la palabra "equipaje": se podría aplicar a la cultura la palabra "alimento". El equipaje concierne únicamente al tener: nuestro cuerpo no varía según el número y la dimensión de nuestras maletas, sino que se trans-

forma según la calidad de nuestra alimentación. Del mismo modo, la verdadera cultura hace cuerpo con el hombre que la posee: es "tener" asimilado, digerido, y, por ello, se transforma en "ser".

Es la diferencia que hacía Montaigne entre "la cabeza muy llena y la cabeza bien hecha". No se asimila nada por embutido o por cebado, sino por apetito.

La cultura no es, pues, solamente un añadido externo; es un alimento que desarrolla y perfecciona al sujeto que la asimila, y con ello se distingue perfectamente de la instrucción a la que puede sobrevivir, según el célebre dicho de Eduardo Herriot: "la cultura es lo que queda cuando se ha olvidado todo": Lo que queda cuando los elementos externos de la instrucción (hechos, fechas, fórmulas, citas, etc.) se han borrado de nuestro espíritu, es precisamente esa profundización del ser interior, esa capacidad de reflexión y de crítica, ese apetito que nos permite recibir y digerir nuevos alimentos. Pero, para muchos hombres instruidos, se puede dar la vuelta a la fórmula del antiguo alcalde de Lyon y decir que la cultura es lo que falta cuando se ha aprendido todo. Es el ejemplo que nos dan tantos eruditos que saben todo y no entienden nada.

El tipo humano que corresponde a lo que en el siglo XVIII se llama "un hombre honrado" o el "humanista" de hoy es precisamente el hombre cultivado en el sentido que acabamos de definir. El hombre en quien el saber, integrado en una experiencia vivida, es la expresión y la prolongación de su ser. Y es por el número y la influencia de tales hombres como se reconoce la verdadera civilización: la que consiste, no sólo en el dominio de las cosas por la técnica, sino en el florecimiento de los espíritus y las almas por la sabiduría.

Tratemos ahora de establecer por qué razones esos dos aspectos del saber se han separado.

En primer lugar porque la instrucción ha tomado, cada vez más, un carácter utilitario cuyo mayor síntoma es la carrera de los diplomas. Pues, la Verdad —primer objeto de la inteligencia—, no es un medio, sino un fin. Y en la medida en que se hace de ella un medio, la instrucción degradada se aleja cada vez más de la cultura.

Después, a causa del carácter impersonal de la instrucción tal y como se da en tantos establecimientos escolares anónimos y sobrecargados. La rigidez de los programas que se dirigen a todo el mundo y a nadie, la dificultad del contacto humano y

LA INFORMACIÓN CONTRA LA CULTURA

el diálogo entre el profesor y el discípulo en clases demasiado llenas contribuyen —cualesquiera que sean, por otra parte, la competencia y la buena voluntad de los profesores— a deshumanizar la instrucción y a separarla de la cultura.

En definitiva, es al buscar "tener" sin ocuparse del "ser" al buscar *el objeto del conocimiento* sin tener en cuenta *al sujeto que conoce* como se ha ahondado el foso entre la instrucción y la cultura. Se ha sembrado sin preparar el terreno, se ha distribuido el alimento intelectual sin cuidarse del estado de las entrañas de los convidados. Y, sin embargo, parece que la primera condición para una buena digestión es hacer coincidir el hambre con la alimentación...

No se sabe cómo poner de acuerdo el saber nuevo con el saber anterior, el saber abstracto con el saber experimental. Se olvida que el cerebro del niño que va a la escuela no es cera virgen: posee ya todo un capital interior de sensaciones y conocimientos que el educador no tiene derecho a descuidar. Y el arte de la educación consiste en unir, con ejemplos bien elegidos, la fórmula de los libros a la experiencia vital, el saber fundado en la idea al conocimiento que procede de la imagen. El educador debe ampliar y rectificar la experiencia del niño: jamás debe desconocerla o negarla.

No resisto al placer de citar este texto de Maurice Barrés que he descubierto recientemente y que se refiere precisamente a nuestro asunto. Hablando de las almas de los niños, clama: "Pasando por esas almas, que no carga ninguna memoria, las imágenes del universo vuelven a tomar una inocencia y una juventud divinas. Si la serenidad en la acción caracteriza a los dioses, es la serenidad en la agitación lo que caracteriza a los niños. Se apasionan conservando el frescor de la ingenuidad. Esos pequeños inocentes tienen siempre el justo acento; sus voces, sus gestos, todo su cuerpo tan frágil se mueve con cadencia. Se trata de alimentar esta disposición natural, de emplearla sin deformarla, de sustituir poco a poco la propensión instintiva por un destino determinado, de hacer entrar esa propensión individual en la sinfonía social."

"Qué desgracia, qué pérdida irreparable si un niño que crece sale de su propia verdad, si cambia su canto natural por un canto aprendido; si se hace un ser artificial, un hombre-mentira."

"Se encuentra uno muchos hombres-mentira en la vida, jamás dicen lo que verdaderamente sienten; piensan, o más bien creen pensar, cosas que le son extrañas, que han caído desde fuera en el fondo de su conciencia. Esos hombres-mentira pueden ser es-

critores, pues hay pocos libros en los que se pueda distinguir una verdadera sensibilidad. Son muy numerosos en la vida mundana a la que hacen insoportable; los salones están llenos de hombres y mujeres que se atribuyen de buena fe gustos y aversiones que jamás han sido los suyos."

Todo el abismo que separa la instrucción de la cultura lo encontramos expresamente en estas frases de Simone Weil:

"Se cree ordinariamente que un aldeano de hoy, alumno de la escuela primaria, sabe más que Pitágoras porque repite dócilmente que la tierra gira alrededor del sol. Pero, en realidad, no mira ya las estrellas. Ese sol del que se le habla en clase no tiene, para él, ninguna relación con el que ve.

Lo que hoy se llama instruir las masas es tomar esta cultura moderna, elaborada en un medio tan cerrado, tan tarado, tan indiferente a la verdad, en suprimir todo lo que aún puede contener de oro puro, operación que se llama vulgarización, y en embutir lo que resulta tal cual en la memoria de los desgraciados que desean aprender, igual que se da alpiste a los pájaros."

Pasemos ahora a la información propiamente dicha, es decir, a la instrucción referente al acontecimiento cotidiano. Volvemos a encontrarnos con todos los defectos que hemos analizado precedentemente— y llevados a su suprema expresión por la potencia y universalidad de los medios de difusión.

Es preciso afirmar, en primer lugar, que la falta de cultura basta para esterilizar los datos de la información. La relación de un suceso, tomado en sí mismo, no significa nada si este suceso no está conectado con un conjunto de conocimientos que permitan situarlo y valorarlo. "No hay grandes acontecimientos más que para los espíritus pequeños", decía Valery. El hombre sin cultura, paseado por la información en el laberinto de los sucesos, carece de hilo conductor para situarse en esa turbamulta de noticias que la prensa y la radio vierten sobre él todos los días. Un tornado en Arkansas ¿qué sentido puede tener para él que desconoce la geografía de los Estados Unidos? El hambre en la India no es más que un hecho sin peso y sin raíces para el que ignora las condiciones sociológicas, demográficas, políticas que hacen del hambre un fenómeno endémico en los países de Oriente. El viaje del Papa a Jerusalén o a Bombay no es verdaderamente un acontecimiento más que para aquel que sabe lo que representa la religión católica: si no, sea el que sea el tamaño de los titulares y la cantidad de imágenes visuales o sonoras, este acontecimiento no tiene mayor importancia real que otros mil acontecimientos anunciados con el mismo bombo. He visto hombres que miraban

LA INFORMACION CONTRA LA CULTURA

con el mismo interés superficial y la misma profunda indiferencia las imágenes del viaje de Pablo VI a Bombay y las de la estancia de Brigitte Bardot en Méjico. La información presupone la cultura; no puede, en ningún grado, reemplazarla.

Lo que es más grave, es que, en la inmensa mayoría de los casos, la información, que no es nada sin la cultura, actúa en sentido inverso a las exigencias de la cultura. Y esto por las siguientes razones:

1) **POR SU ANONIMATO.** Se dirige a todo el mundo y a nadie, ignora el diálogo: el que escribe o habla se dirige a interlocutores invisibles y mudos: la influencia es en sentido único y funde todos los espíritus en el mismo molde. Kierkegaard se inquietaba ya con el solo pensamiento de que miles de individuos leen cada mañana el mismo periódico. Con lo que hacía eco a Platón cuando éste decía que la palabra escrita y puesta al alcance de todos, sin cambio vivo entre informador e informado, haría proliferar "la raza aburrida y charlatana de los falsos sabios, de los sabios de ilusiones". Además, el anonimato, la impersonalidad de la información arrastran casi fatalmente su degradación. Pues el común denominador de una multitud no se sitúa jamás en un nivel superior ni siquiera medio, y, por consiguiente, aquel que busca la eficacia y el éxito es llevado sin remedio a reducir al mínimo las exigencias intelectuales y morales de su oficio. Es un hecho, que se puede comprobar cada día, que la calidad de un periódico está en razón inversa a su tirada. "De lo que se trata es de que nos entienda la portera de casa", he oído decir al responsable de una emisión televisada. Así, el anonimato crea el divorcio entre la información y la educación.

2) **POR SU MASA:** el número de las informaciones es tal (el menor ciudadano de cualquier país es advertido de todo lo que pasa en el universo) que el espíritu es incapaz de asimilarlas y simplificarlas: al multiplicarse tienden a confundirse o a anularse unas a otras. El que mucho abarca poco aprieta. Si pudiéramos ver en el cerebro del lector o auditor medio, encontraríamos, en vez de un saber estructurado, un potaje informe y movido de hechos e imágenes. La no asimilación crea, como en la diabetes, una eliminación masiva y rápida: todo pasa y nada se fija en esos espíritus fatigados en superficie e inactivos en profundidad. Lo que no excluye el apetito: el hambre es más fuerte cuando la asimilación es más débil. El hombre que tiene necesidad de su periódico cada mañana, tanto o más que de su desayuno, que, si no lo tiene, se muestra inquieto y desasosegado como un insecto privado de sus antenas, es siempre el que menos se alimenta de su

periódico: esa necesidad es del grado del prurito y no de la nutrición. Y, como en las picazones, la necesidad es tanto más inuperiosa y más continua cuanto su satisfacción no es ningún placer.

3) POR SU MOVILIDAD. No sólo se nos da a comer demasiado, sino que no se nos da tiempo para digerirlo. Las noticias se anulan unas a otras, tanto por su sucesión, como por su número. Ya no estamos en la escuela, sino en un cine, en el que se asiste simultáneamente a la proyección de varias películas. Con ello se produce la erosión de la memoria viva —de esa facultad de meditar, en la que Nietzsche veía la condición esencial de la inteligencia y de la cultura auténtica—. Todo se sucede sin dejar rastros; no hay tiempo de acordarse de nada: las informaciones, en lugar de infiltrarse en nosotros, deslizan por la periferia de nuestro ser, como una lluvia demasiado abundante sobre la superficie de la tierra. Así se elabora el tipo de hombre de la instantánea o de lo discontinuo (Max Picard) que la ausencia de raíces vuelve dócil a todos los impulsos del suceso o de la opinión. De ahí procede el increíble servilismo de las muchedumbres con respecto a los ídolos del día (artistas, políticos, corrientes de pensamiento) y la no menos increíble rapidez con la que esos ídolos pasan sin dejar rastro. ¿Quién se acuerda de las estrellas, de los campeones, de los entusiasmos colectivos de ayer? La moda —con todo lo que esa palabra lleva de consentimiento unánime y duración efímera— es el producto específico de la información moderna: se lanza un artista o un pensador como una especialidad farmacéutica o un producto de belleza— y esa bola de jabón, hinchada en un tiempo *record*, se desvanece tan rápidamente como se ha formado.

4) POR LA AUSENCIA DE ELECCIÓN Y JERARQUÍA ENTRE LOS SUCESOS QUE TRANSMITE. La verdadera cultura es escalonada y selectiva: por el contrario, en cierta información todo está al mismo nivel: lo que vale la pena de ser conocido y lo que nada se perdería por no conocerlo. Abren un período muy extendido: encontrarán en él con el mismo lujo de titulares atrayentes y fotografías evocativas un reportaje sobre la vida de los monjes o sobre un gran escritor que acaba de morir; otro sobre los amores o el divorcio de una artista y, un poco más lejos, la narración ilustrada de un crimen crapuloso. Piensa uno en la predicción de Mistral de un tiempo en el que "Todas las hierbas se confundirán en una sola ensalada" —y cada uno puede elegir, en esta mezcla, el elemento rico en colores y sin sustancia que mejor le va a su curiosidad ávida de falsos misterios.

5) HEMOS DICHO QUE LA VERDADERA CULTURA IMPLICA LA

JERARQUÍA Y LA UNIDAD DEL SABER. LA INFORMACIÓN OBEDECE A LA LEY OPUESTA: LA DE LA MEZCLA. El único valor que reconoce y que orienta su elección es el éxito material: lo verdadero y lo falso, el bien y el mal ya no son criterios; lo que importa es responder a los gustos de la multitud. No se trata de aclarar la inteligencia ni de elevar el alma, sino de distraer el espíritu y excitar las pasiones. De ahí la complacencia de esta información con respecto a las curiosidades y apetitos más bajos, y esta puja constante en la busca de lo "sensacional" e "inédito" aun al precio de la exageración y la mentira. Es preciso que la oferta corresponda a la demanda, y aun que la prevenga y la suscite, lo que lleva a deformar, a exagerar, a solicitar los sucesos, y hasta a inventarlos en todas sus partes. Borstin ha analizado notablemente esta explotación del "pseudosuceso" por los informadores de la prensa y radio. De un hecho auténtico, no se retiene más que el lado más espectacular, el más provocativo (que es casi siempre el más superficial), se evoca todo lo que PODRÍA deducirse de ese hecho, se le interpreta en función de los deseos o angustias de la muchedumbre (la información es la gran responsable de las neurosis colectivas); se crean "suspenses" imaginarios como en el cine; la desnudez del suceso desaparece bajo el velo de los comentarios. Y si el suceso no basta, se le fabrica —apañándose una salida con el empleo del condicional: "El presidente X habría dicho... Tal observación astronómica sería el signo de una supercivilización, distante cinco millones de años-luz, etc.". El relevo de los platillos volantes está asegurado.

Una información tal juega el papel de un narcótico con relación al pensamiento y de excitante con relación a la imaginación: duerme nuestra consciencia para entregarnos mejor a los mecanismos del sueño. Es muy significativo, por otra parte, comprobar que este abuso de la puja por "lo inédito", "lo extraordinario" y "lo formidable", lleva en línea recta a la inanidad y al aplatamiento. "Todo lo que es exagerado es indignificante", decía Talleyrand. ¿Qué menos inédito y más banal en efecto que esas revelaciones ruidosas, esos "secretos", esas "confidencias", divulgadas en millones de ejemplares, esa explotación del escándalo que gravita alrededor del erotismo y del crimen —dos realidades psicológicas muy pobres y que no pueden revelarnos otra cosa más que su nada—, "el aburrido espectáculo del pecado inmortal", como decía Baudelaire? En esto, como en todo, la inflación provoca la devaluación, y el aburrimento se agrava con todos los esfuerzos que se hacen para huir de él. El uso de los tóxicos los hace necesarios sin sustituir a los alimentos.

LA INFORMACIÓN CONTRA LA CULTURA

6) FINALMENTE, LA INFORMACIÓN SE OPONE MÁS RADICALMENTE A LA VERDADERA CULTURA EN EL SENTIDO DE QUE ES EL INSTRUMENTO IDEAL DE LAS POTENCIAS FINANCIERAS Y POLÍTICAS QUE SE SIRVEN DE ELLA PARA ARRUINAR NUESTRA LIBERTAD INTERNA. No necesitamos sino recordar aquí todo lo que se ha dicho sobre la violación de las muchedumbres, las técnicas de envilecimiento, la puesta en forma de la humanidad. La propaganda es la más eficaz de las tiranías, pues deja a sus víctimas la ilusión de la libertad; el martilleo publicitario sustituye la reflexión por el reflejo; el hombre consciente y libre puede reaccionar siempre contra la presión exterior, la marioneta obedece espontánea e infaliblemente a las manos que agitan sus cuerdas. El proceso de degradación de lo vivo en mecánico, analizado anteriormente por Bergson, se realiza aquí a fondo.

El conjunto de esos factores tiende a hacer de la información la caricatura y el sustitutivo, yo diría incluso la degeneración hiperrófica, de la verdadera cultura. Está claro que el hombre moderno, sobrecargado e intoxicado por una masa caótica de informaciones incontroladas e inasimiladas, vive cada vez más en una especie de sueño aun estando despierto. El papel creciente que juegan las imágenes en esta información le sumerge, en efecto, en un universo que no tiene mayor consistencia que un sueño. Boorstin, a quien ya hemos citado, analiza admirablemente esta sustitución de la imagen —quiere decir la imagen fabricada, estilizada con vistas al rendimiento publicitario—, en vez de la realidad de los sucesos y los seres. La ficción reemplaza a la realidad y la elimina. El éxito de la palabra “espectacular” (otro neologismo revelador) muestra bien de qué se trata: estamos en el espectáculo —en un espectáculo en el que las peripecias y los personajes están preparados y disfrazados para hacernos sensación y seducirnos—. Y para invitarnos a un “compromiso” (otra palabra de moda...) tan ilusorio como los papeles que se desarrollan en la escena. El “gran teatro del mundo” se convierte así en un teatro de marionetas; la imagen domina sin discusión como en los sueños; ya no tenemos, según el abate Belay, que interpretar los signos, sino tan sólo que obedecer a las señales.

* * *

Otros oradores han hablado ya de las condiciones de una sana información. Nosotros, para concluir, nos limitaremos a recordar algunos medios de resistencia a la información malsana.

El problema aparece en los planos individual y social.

LA INFORMACION CONTRA LA CULTURA

Se trata, en primer lugar, de tener en nosotros un filtro gracias al cual seamos capaces de eliminar las informaciones inútiles, rectificar las informaciones tendenciosas o, en la duda, poner en suspenso nuestro juicio. La cultura juega aquí un papel esencial: un hombre cultivado sabe guardar sus distancias con respecto a los acontecimientos y propagandas que los explotan; los toma y los elimina como un organismo vivo; tiene en sí suficiente verdad para olfatear y rechazar la mentira, y, si es cristiano, tiene bastante fe para estar exento de credulidad. Pues es un hecho experimentado que la credulidad es el destino de los hombres sin fe: "Cuando ya no se cree en Dios —dice Chesterton— no es por no creer en nada, sino por creer en cualquier cosa". El autómatasocial que los americanos llaman "yesman" (hombre-sí) encarna ese tipo humano que, a falta de densidad interior y raíces, obedece como una brizna de paja a todos los soplos de la opinión. En una época como la nuestra, la primera palabra de la sabiduría es saber decir no.

Pero ningún individuo puede bastarse por sí mismo, y la cultura, como la fe, necesita un basamento social. Importa, pues, ante todo, para hacer frente a las potencias anónimas que dirigen la opinión, crear islotes de resistencia, grupos humanos cuyos miembros estén concretamente unidos unos a otros por la misma fe y el mismo ideal, que constituyan a la vez barreras contra la mentira y hogares de difusión de la verdad. En el interior de la ciudad tecnocrática y totalitaria (el gran animal de Platón) que reina por la fuerza y el gesto (Pascal), tenemos que restaurar la ciudad fraternal en que circulan la verdad y el amor. La ciudad de los hombres libres y asociados en tanto que libres —un medio social portador de valores eternos que están por encima de lo social—, una ciudad temporal que, en lugar de aplastar a los individuos con su peso de ídolo, sea un lugar de paso hacia la ciudad de Dios.

* * *

Este es el camino que debemos seguir. Se habla mucho hoy día de un mundo, una sociedad, en marcha. Y se nos invita por todos lados a no estorbar esta evolución, a asociarnos a este movimiento. "La Iglesia en marcha en un mundo en marcha", he leído recientemente, escrito por la pluma de una personalidad católica, como la expresión del ideal más alto que se nos puede proponer. Lo único que falta es que se les olvida decirnos adonde vamos. El fin no cuenta, basta con el movimiento. En lo que nos concierne, no nos negamos a marchar, pero no podemos creer en

LA INFORMACION CONTRA LA CULTURA

la virtud infalible del movimiento como tal. Quizá no es por casualidad que en el lenguaje popular francés el verbo marchar es sinónimo de engañar. Rechazamos marchar sobre todos los caminos y tras todos los rebaños. No marcharemos sino a condición de conocer el objetivo y de que este objetivo sea la verdad y el bien. Si no, y esta palabra toma todo su peso de sabiduría y prudencia en el mundo en que vivimos, no echaremos a andar.